Una carta inédita de Miguel Hernández

Leopoldo de Luis

Quizá el teléfono, quizá la prisa —más por psicosis colectiva que por necesidad—, quizá el escaso espíritu solidario, arruinaron hace ya tiempo un género tan rico como el epistolar. Como recurso literario, algunos ejemplos andan aún cerca, mas aquellas cartas que prescinden de empaque estilístico y buscan sólo la comunicación en gracia a la amistad o al cariño, apenas dan origen a colecciones interesantes. Claro que ya en 1962 Francisco Garfias dio a conocer una primera serie de las suscritas por Juan Ramón Jiménez. El gran poeta nunca perdió el ansia de perfección —como la rosa— ni tampoco hizo concesiones a lo meramente funcional. En cambio, entregado a la espontaneidad más sencilla, escribió decenas Don Antonio Machado a su «Guiomar». El profesor italiano Giancarlo Depretris se atosiga ahora procurando deshacer el embrollo de las muestras salvadas y desordenadísimas de tal epistolario.

Descuidadas también en su efusión amistosa son las que van apareciendo de Miguel Hernández. Pero es éste de lo epistolar género tan fecundo para el conocimiento de la psicología del personaje, que todas nos ponen delante un espejo válido.

«Papeles son papeles,/ cartas son cartas», dice una copla popular que, sin duda, conocería Miguel, adicto a cancineros, según prueba el suyo «de ausencias». Y añade la seguidilla: «palabras de mujeres/ todas son falsas». Y algunas de hombres. Y si no, véase esta carta que, salvo error, es inédita, firmada por el joven oriolano. No aparece en el excelente volumen de cartas a Cossío [1] preparado por Rafael Gómez. Su situación entre ellas es fácil. De mano de Miguel son firma y fecha:

---

[1] Miguel Hernández: *Las cartas a José María de Cossío*. Prólogo, estudio y notas de Rafael Gómez. Institución Cultural de Cantabria. Diputación Regional. Ediciones de La Casona de Tudanca. Santander, 1985.

> Amigo mío Cossío: Hoy he estado a cobrar los días de agosto que trabajé antes de marchar a Orihuela, donde tenía enferma a mi madre; el señor cajero me ha dicho que necesitaba saber de usted qué días son esos. A mí se me ha olvidado decirle en la anterior que los últimos días que permanecí aquí, me los pasé trabajando de un modo intenso con objeto de cobrar unas fechas más. Yo he dicho al cajero que permanecí aquí trabajando hasta el día 17; necesito por tanto que usted lo corrobore inmediatamente, ya que necesito ese dinero para pagar patrona y restorán. Como les he dicho que le escribí a usted comunicándole que me marcharía a Orihuela —carta que creo no ha recibido usted—, le han escrito también ellos, el señor Olarra creo, para asegurarse de lo que digo. Como hay la diferencia de unas fechas entre la que me fuí y la que les digo que me fui —incierta— quiero que usted me deje en buen lugar, escribiéndoles pronto y diciéndoles que efectivamente marché el 17 de agosto. De lo contrario, me veré en el más violento ridículo y en la situación mas violenta también.— Le abraza Miguel. (Al pie) Madrid 3 de septiembre de 1935.

La alusión antes hecha sobre la falsedad, se ampara en el enredo contable. Un juego de manos para el cómputo de las jornadas de trabajo, con vistas a engrosar un poco el estipendio, parco de por sí. Y Cossío al quite, que para algo era taurófilo. Miguel se fue a Orihuela aquel verano el 31 de julio: hay una carta en que lo dice. No pudo acudir al despacho de Espasa ni un solo día de agosto. Parece que la carta final de julio no llegó a manos de Cossío, si hemos de creer las disculpas de otra, fechada el 2 de septiembre. Hay una tarjeta del 6 de ese mes, rindiendo cuentas de trabajos y anunciando la salida de «Caballo verde para la Poesía» que, en efecto, lanzó su primer número en octubre. Entre esas cartas, la que hoy comento. Entre las disculpas (2 de septiembre) y el informe (6 de septiembre), la petición de ayuda. ¿Qué número de petición? Miguel acudió a Cossío a cada paso. Nunca se ha aclarado —ni se aclarará— el por qué de aquella frase negativa en un escrito a Rodríguez Spiteri. Pero, ¿qué pesa más, ese gesto malhumorado o aquella dedicatoria en el ejemplar de *Quien te ha visto...*: «A mi amigo ya para siempre José María de Cossío, con lo más escogido de Miguel Hernández». Lo fue para siempre: rescate del fusilamiento incluido, está probado.

Si algo deja claro esta carta es el carácter liberal y tolerante de Cossío, al que Miguel se acoge buscando en él —y encontrando— a un benévolo defensor. Otra cosa prueba la carta, por si probada no estuviera: el hecho de que Miguel nunca perteneció a la plantilla de la editorial Espasa-Calpe. Trabajó como auxiliar de Cossío y cuanto cobraba iba a cargo de los derechos de la enciclopedia taurina. El cajero no soltaba un cuarto sin refrendo de Cossío y Olarra indaga por escrito la pertinencia de la reclamación.

Manuel Olarra fue gerente de Espasa-Calpe. Figura principalísima en el negocio de los libros y máximo responsable de la casa editorial que creó la famosa colección Austral, partiendo de aquella inolvidable colección Universal,

dirigida por Don Manuel García Morente. (Nunca olvidaré que, a mis quince años, compré por una peseta y cincuenta céntimos la Segunda Antolojía Poética de Juan Ramón). Olarra, que era un magnífico lector, dio un gran impulso a Calpe durante los años veinte, en colaboración con La Papelera Española que, según rezaban los libros de entonces, imprimía con papel expresamente fabricado a tal fin. Que el propio Olarra se ocupase de comprobar las reclamaciones económicas de Miguel, revela el especial trato que se daba en la casa a tan destacado colaborador como Cossío era.

«Déjeme en buen lugar». «No me haga hacer el ridículo». ¡Pobre Miguel! siempre obligado a mendigar unas pesetas, aun haciendo juegos malabares con las fechas. Es una anécdota nada excepcional en su biografía de «alumno de bolsillo pobre». Quien se acerque a su correspondencia lo verá repediamente en parecidos trances. Sus únicos bienes de fortura, sus únicos gajes, sus regalías solas, fueron aquellos papeles en los que dejó escritos —desde modestas pensiones madrileñas, desde las trincheras de la guerra civil, sobre el petate carcelario— algunos de los más hermosos poemas de la literatura española. Por los días de esta carta, eran sonetos para «El silbo vulnerado». Ya se sabe que, con fecha de 14 de julio, había enviado a Cossío el primer soneto de tema táurico, con una descripción del toro; seguramente el que comienza «Silencio de metal triste y sonoro».

Septiembre, mes en el que se escribe la carta, fue un pórtico otoñal muy presente en la vida de Miguel. En el del año anterior: 1934, inició relaciones con Josefina Manresa. En el del siguiente: 1936, ingresó voluntario en las milicias republicanas. En los de 1939 y 1940 entró, respectivamente, en las prisiones de Orihuela y Palencia. Era septiembre —de 1939— cuando salió de la cárcel de Torrijos 65. Juan Guerrero Zamora ha demostrado el día exacto: el 15, corrigiendo la fecha del 17 que venía manejándose[2]. La rectificación es interesante, a la vista de su cuaderno manuscrito del «Cancionero», ya que las «nanas de la cebolla», composición que lo cierra, fueron enviadas a Josefina con carta del día 12, esto es: sólo tres días antes de esa primera —y última— libertad. Si el soneto «Ascensión de la escoba» fue asimismo escrito en septiembre, como parece, tendríamos once días de intensa producción: los poemas «Después del amor», «El número de sangres», «La cantidad de mundos», «Entre nuestras dos sangres, «A la luna venidera», «Vino. Dejó las armas», «El mundo es como aparece» y «Guerra». Nueve poemas, casi uno diario. Ahora bien: no he tenido nunca seguridad de que este cuaderno recoja la producción sucesiva del poeta. Dudo de si, más bien, pueda ser una memorización y transcripción de poemas escritos en fechas anteriores. Me parece una hipótesis sostenible, sobre todo conociendo el modo de trabajar del poeta, forzosamente irregular y asistemático. Recuérdese lo ocurrido con el soneto «A tus facciones de manzana y cera». Según Jesús Poveda, fue destinado, en 1932, a la muchacha de Orihuela apodada «Calabacica». No obstante, en 1936 se lo manuscribió a Carmen Pastrana Magariños. La posibilidad

---

[2] Juan Guerrero Zamora: *Proceso a Miguel Hernández. El sumario 21.001* —Editorial Dossat, S. A.— Madrid, 1990.

de la doble atribución indignó a Carmen Patrana. Me lo hizo saber en carta de julio 1978, acompañando fotocopia del manuscrito hernandiano, irrefutable. Ella regentaba por entonces una escuela en Mestanza y Miguel fue, con Enrique Azcoaga y Lorenzo Varela Rodríguez, formando equipo de «Misiones Pedagógicas» que recorrió el Valle de Alcudia, unos meses antes de la guerra civil. Le dije a Carmen que —aun de ser cierta la duplicidad— no se indignara, que no es poco mérito haber merecido un soneto de Miguel Hernández.

Caso semejante se conoce con el poema «No salieron jamás/ del vergel del abrazo». Según los borradores, data de 1938. Sin embargo, el poeta lo volvió a escribir, como de elaboración nueva, en la Prisión de Conde de Toreno, en 1939, y lo hizo con el título de «Vals de los enamorados y unidos hasta siempre».

La carta que ahora publicamos reincide en dos constantes del epistolario Hernández-Cossío: la reiteración insistente y el apremio. Olvidado de todo prurito estilístico, en tan breve texto, aparece siete veces el verbo *decir* («dicho-decirle-dicho-digo-dicho-diciéndoles-digo») y hay cuatro frases apremiantes («necesito ese dinero», «necesito que usted lo corrobore inmediatamente», «quiero que usted me deje en buen lugar», «escribiéndoles pronto»). Justo es insistir en la tolerancia con que Cossío admitía las peticiones de Miguel, como han puesto de manifiesto sobradamente las ediciones de Rafael Gómez[3], de Juan Guerrero Zamora[4] y la nuestra[5]. Por ende, y también en honor a la verdad, se evidencia lo injusto de las alusiones de Neruda, quien, con su asombrosa capacidad de gran poeta, convirtió la tragedia de Miguel en tema literario.

La verdad es que resulta difícil evitar esa mitificación. Quizá todos —en nuestra mayor o menor medida— caemos un poco en ella. Y tal vez, desde cierto punto de vista, ni siquiera es totalmente malo, porque mito es leyenda y poesía, y con leyenda vienen leer y aleccionar, y con poesía, emoción y sentimiento. Seguiremos leyendo y aleccionándonos, sintiendo y emocionándonos con el talante y con el dolor de este humanísimo poeta que es Miguel. Tan humano como se nos descubre en estas cartas que reflejan su imagen elemental y espontánea.

---

[3] Obra citada.

[4] Obra citada.

[5] Miguel Hernández: *El hombre acecha. Facsímil de Primera Edición de 1939.* —Estudio previo y notas de Leopoldo de Luis y Jorge Urrutia.— Institución Cultural de Cantabria. Diputación Provincial. Santander, 1981.

Amigo mío Cossío: Hoy he estado a cobrar los días de Agosto que trabajé antes de marchar a Orihuela, donde tenía enferma a mi madre; el señor cajero me ha dicho que necesita saber de usted qué días son esos. A mí se me ha olvidado decirle en la anterior que los últimos días que permanecí aquí, me los pasé trabajando de un modo intenso con objeto de cobrar unas fechas más. Yo he dicho al cajero que permanecí aquí trabajando hasta el día 17; necesito por tanto que usted lo corrobore inmediatamente, ya que necesito ese dinero para pagar patrona y restorán. Como les he dicho que le escribí a usted comunicandole que me marcharía a Orihuela -carta que creo no ha recibido usted-, le han escrito tambien ellos, el señor Clarra creo, para asegurarse de lo que digo. Como hay la diferencia de unas fechas entre la que me fuí y la que les digo que me fuí -incierta- quiero que usted me deje en buen lugar, escribiendoles pronto y diciendoles que efectivamente marché el 17 de agosto. De lo contrario, me veré en el más violento ridículo y en la situación mas violenta tambien.

Le abraza

Miguel

Madrid 8 de septiembre de 1935